

Parroquia Nuestra Señora de la Merced

Pastoral Familiar

Octubre 2015

"EL AMOR TODO LO DISCULPA"

INTRODUCCIÓN

Durante este año charlamos sobre las diferentes tonalidades del amor matrimonial: *eros*, *agape* y *filia* (*enamoramiento*, *caridad* y *amistad*). También trabajamos sobre la cuestión de "cómo queremos que nos quieran". Finalmente debatimos sobre si está bien pretender cambiar al otro o si debemos aceptarlo como es.

Este es nuestro último encuentro grupal del año. Hoy vamos a reflexionar sobre un gesto del amor tan difícil como imprescindible para convivir: "el perdón".

San Pablo, en su carta a los corintios, afirma: "el amor todo lo disculpa" (1 Co 13,7). ¿Es posible el perdón y la disculpa en nuestra pareja? ¿Con qué condiciones? ¿Siempre? ¿Es un gesto de amor o de debilidad?

Comencemos haciendo un poco de silencio para ponernos en la presencia de Dios y orar pidiendo por los frutos de este encuentro.

Cada grupo inicia su reunión con la modalidad de oración a la que esté habituado.

PRIMER MOMENTO

Comencemos nuestra reflexión con estas preguntas:

- En general, ¿qué me cuesta más: pedir perdón o perdonar? ¿Por qué? ¿Cómo me siento en cada una de estas situaciones?
- En nuestra pareja, después de pedir perdón y de perdonarnos, ¿cómo evoluciona nuestra relación? ¿Fluye mejor? ¿Se pone tensa y desconfiada? ¿Sentimos tristeza, alegría, paz...?
- ¿Nos desalienta la reiteración de ofensas y de pedidos de perdón en nuestro matrimonio? ¿Desgasta nuestro amor? ¿O lo recrea?

Importante: en la compartida, dense tiempo para que cada uno hable de sí mismo y su matrimonio. No se interrumpan, no desmientan la experiencia del otro. No aconsejen, ni corrijan o censuren al otro. Escuchen con atención, respeto y comprensión.

SEGUNDO MOMENTO

Escuchemos ahora un pasaje del evangelio de Mateo (18,21-35) sobre el perdón.

Pedro se adelantó y preguntó a Jesús: "Señor, ¿cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano las ofensas que me haga? ¿Hasta siete veces?". Jesús le respondió: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Por eso, el Reino de los Cielos se parece a un rey que quiso arreglar las cuentas con sus servidores. Comenzada la tarea, le presentaron a uno que debía diez mil talentos. Como no podía pagar, el rey mandó que fuera vendido junto con su mujer, sus hijos y todo lo que tenía, para saldar la deuda. El servidor se arrojó a sus pies, diciéndole: "Señor, dame un plazo y te pagaré todo". El rey se compadeció, lo dejó ir y, además, le perdonó la deuda. Al salir, este servidor encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, tomándolo del cuello hasta ahogarlo, le dijo: "Págame lo que me debes". El otro se arrojó a sus pies y le suplicó: "Dame un plazo y te pagaré la deuda". Pero él no quiso, sino que lo hizo poner en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Los demás servidores, al ver lo que había sucedido, se apenaron mucho y fueron a contarle a su señor. Este lo mandó llamar y le dijo: "¡Miserable! Me suplicaste, y te perdoné la deuda. ¿No debías también tú tener compasión de tu compañero, como yo me compadecí de ti?". E indignado, el rey lo entregó en manos de los verdugos hasta que pagara todo lo que debía. Lo mismo hará también mi Padre celestial con ustedes, si no perdonan de corazón a sus hermanos".

Breve explicación del texto: El pasaje de Mateo que escuchamos se inscribe en una sección con recomendaciones que Jesús hace a los discípulos respecto de la vida en común: no escandalizar a los demás, asumir el servicio humilde, ayudarse mediante la corrección fraterna, orar juntos y, finalmente, se plantea la cuestión del perdón. La parábola es sencilla y clara. Frente a la pregunta de Pedro acerca de cuántas veces tenemos que perdonar, Jesús responde: "¡Siempre!"... Para sostener semejante respuesta, recurre a una parábola afirmando que, si Dios nos perdona siempre y mucho, nosotros no podemos negar el perdón a los demás.

Sabemos que Dios nos regaló su perdón incondicional mediante el sacrificio de su Hijo. En la cruz amorosa de Cristo, el Padre reconcilió a todos los hombres. Es un perdón que surge de Él y ya lo ha ofrecido a todos. Pero claro, para recibirlo hace falta

cumplir algunas condiciones, la primera de las cuales es el *sincero arrepentimiento*. Si es verdad que Dios ya nos perdonó a todos, también es cierto que sólo recibimos ese perdón, si nos arrepentimos de verdad.

Charlemos entonces sobre las condiciones concretas para vivir el perdón en la vida de la pareja. Dividámonos en dos grupos: mujeres y hombres. En un papel afiche escribamos esta consigna:

Para perdonarte es necesario que:.....

La idea es que cada sub-grupo redacte un elenco de condiciones que cree necesarias para dar el perdón. Para ellos recurramos a nuestra propia experiencia matrimonial.

NOTA: Nos dividimos mujeres y hombres, porque los géneros reaccionamos de modo distinto frente a las ofensas y el tener que perdonar. Es importante escuchar y comprender qué siente el otro ante una ofensa, y qué le ayudaría para poder ofrecernos su perdón.

Cuando los dos grupos terminan la tarea, se reúnen de nuevo y ponen en común lo expresado en el papel afiche.

CIERRE:

Para terminar, recemos juntos el salmo 51. Lo hacemos lenta y sentidamente.

(Hacer copias del salmo para cada matrimonio).

SALMO 51

¡Ten piedad de mí, Señor, por tu bondad,
por tu gran compasión, borra mis faltas!
¡Lávame totalmente de mi culpa
y purifícame de mi pecado!

Porque yo reconozco mis faltas
y mi pecado está siempre ante mí.
Contra ti, contra ti solo pequé
e hice lo que es malo a tus ojos.

Por eso, será justa tu sentencia
y tu juicio será irreprochable;
yo soy culpable desde que nací;
pecador me concibió mi madre.

Tú amas la sinceridad del corazón
y me enseñas la sabiduría en mi interior.
Purifícame con el hisopo y quedaré limpio;
lávame, y quedaré más blanco que la nieve.

Anúnciame el gozo y la alegría:
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta tu vista de mis pecados
y borra todas mis culpas.

Crea en mí, Dios mío, un corazón puro,
y renueva la firmeza de mi espíritu.
No me arrojes lejos de tu presencia
ni retires de mí tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación,
que tu espíritu generoso me sostenga:
yo enseñaré tu camino a los impíos
y los pecadores volverán a ti.

¡Líbrame de la muerte, Dios, salvador mío,
y mi lengua anunciará tu justicia!
Abre mis labios, Señor,
y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen;
si ofrezco un holocausto, no lo aceptas:
mi sacrificio es un espíritu arrepentido,
tú no desprecias el corazón arrepentido
y humillado.